





Barcelona,Primavera 2011

23 Tesis
en torno a la Revuelta



Barcelona, primavera 2011





1. *Las múltiples derrotas sufridas por los rebeldes occidentales, en las que perdemos ganando, provienen del hecho de que no seamos conscientes de que somos los primeros colonizados.* Asaltamos el Palacio de Invierno, pero reemplazamos al zar por una burocracia, a la que es imposible fusilar. Tomamos Barcelona después del golpe fascista y luego nos jactamos de haber aumentado la producción. Quemamos todos los bancos y atacamos todas las comisarias de Atenas y después no sabemos qué más hacer. Cuando nos solidarizamos, de vez en cuando, con ciertas luchas indígenas, nos parece muy hermoso



que tengan una conexión íntima con la tierra, pero no nos preguntamos por qué carecemos de ella. Asumimos el mito del progreso, o lo cuestionamos desde un mero plano tecnológico, en vez de entender que la historia no es unilineal y que el poder del Estado no va siempre en aumento, sino que en varias ocasiones, en el pasado, estuvimos cerca de destruirlo y que las formas actuales que ha tomado el poder son la respuesta a nuestras luchas. ¿Cómo explicar que el precio del pan, la pobreza y el hambre aumentaron fuertemente (después de siglos de cifras bajas y estables) a partir del siglo XVI, justo cuando Europa se inundó de riquezas robadas de las Américas? ¿Cómo entender que en la Edad Media las mujeres tenían acceso a la tierra, a las herencias y a casi todos los oficios, y que a los animales se les consideraba como miembros de la comunidad; y sin embargo, a partir de la Ilustración, las mujeres pasaron a ser totalmente dependientes de los hombres, y se creía que los animales ni siquiera podían sentir dolor? ¿Cómo entender que la evolución democrática comenzó en Runnymede en 1215, cuando la aristocracia inglesa le ganó a su rey, mediante la fuerza de las armas, la institucionalización del concepto de derechos y la idea de una participación más amplia en el proyecto de gobierno? ¿Cómo entender a los cien mil campesinos, obreros y artesanos asesinados en las tierras de habla alemana en el año 1525, tras sublevarse en una rebelión que linchó a miles de curas, obispos, caballeros y nobles, y los comerciantes que en un principio animaron su rebelión para luego traicionarla? En el primer siglo de colonialización mundial, dejaron que muy pocos europeos vivieran en las colonias, y éstos eran



empresarios y matones de la clase policial que nos estaba traicionando, torturando y reprimiendo durante nuestras frecuentes revueltas, igual que torturaron y asesinaron a los rebeldes indígenas. Y en los siglos posteriores, el nuevo Estado centralizado ejecutó varias leyes para prohibir que los europeos se mezclaran o se solidarizaran con los indígenas o con los esclavos africanos. Porque durante aquellos mismos siglos, estaban completando el proceso de colonizarnos a nosotros, de destruir nuestros vínculos con la tierra y con la comunidad de seres vivos que conforma *el mundo,* y de hacernos olvidar todo lo que hemos perdido. Hemos perdido y olvidado estos vínculos hasta tal punto que en los textos anarquistas clásicos encontramos la misma propuesta racionalista de sustituir la guerra capitalista de uno contra uno por la guerra socialista del "todos contra la naturaleza"; hallamos una utopía tecnológica y racionalista formada por obreros felices que habrían tomado sus fábricas y perfeccionado la arquitectura de su ambiente controlado. Se puede leer esta historia de la colonización en la obra de Silvia Federici, Rediker y Linebaugh, o Luther Blisset. Pero, aún más claramente, puede verse inscrito en el tejido social actual. Está presente en las calles vacías, que cercan con leyes de civismo como antes cercaron las tierras comunales, reinstaurando las leyes romanas que convirtieron la tierra en algo que se podía vender. Está presente en las torturas policiales y los golpes represivos, que llamamos "cazas de brujas," recordando sin recordar el proceso sangriento que rompió la solidaridad campesina y prohibió el autoconocimiento de los cuerpos, la medicina tradicional, el aborto y la contracepción, tratando de convertir a las



mujeres en fábricas para el aumento de la población y en una base para alimentar invisiblemente el nuevo trabajo asalariado. También está presente en nuestras luchas, pero sólo a medias. Nos acordamos de la Comuna de París y del Primero de Mayo, sin recordar porqué. La "Comuna" era sobre todo una referencia a la importancia de las comunas en el *imaginario* (es decir, la conexión entre su actualidad y su utopía) de los campesinos de la Edad Media. Y el Primero de Mayo, que cae en medio del equinocio y del solsticio, era un festival de primavera y un día lúdico y de revuelta vinculado a una tradición de resistencia frente al cristianismo y la aristocracia. En 1886 los obreros inmigrantes de Europa todavía recordaban la transcendencia del día y por eso organizaron la huelga general en esta fecha, luego grabada en la historia por los hechos de Chicago. Sin saberlo, seguimos en una lucha que tiene más de 150 años de antigüedad, pero no somos capaces de ganar porque al final siempre planteamos visiones y objetivos propios del sistema que en un principio nos colonizó y luego nos robó la memoria de la derrota, endilgándonos una cultura de esclavos y un concepto de libertad propia de una máquina, una mera herramienta que pertenece a otro y que existe para realizar los proyectos de otro. Al final, siempre nos traicionamos a nosotros mismos.

2. La producción es sobre todo un instrumento de control. Por lo tanto, hablar sobre la autogestión o el control obrero de la producción es igual que hablar de la apropiación del poder estatal o hablar de la dictadura proletaria. La producción—es decir, el sistema capitalista que gestiona la vida mediante la creación y la distribución de mercancías

a través de relaciones mercantilizadas—no es y nunca fue un mero método para aumentar las ganancias de la burguesía, sino que es, y siempre fue, una respuesta de emergencia ante una crisis del control social. El fracaso del sistema feudal a causa de la resistencia campesina forzó a la naciente burguesía a aliarse con la parte más dinámica de la antigua jerarquía para crear un nuevo Estado capaz de instaurar el *biopoder*, como expone Silvia Federici; un Estado capaz de cercar y quitarle la tierra a los pueblos, convertir a las mujeres en trabajadoras domésticas, encargadas de reproducir el poder laboral, y convertir a los hombres en obreros masculinizados, que entrarían en los talleres y luego a las fábricas para producir valor. Dejarles tener contacto con la tierra o dejarles crear *cosas* autóno-





mamente y quitarles el superávit les hubiera permitido desarrollar un *imaginario de la comuna* (como en el sistema feudal), es decir, un horizonte que enmarcara otras posibilidades de libertad, de apoyo mútuo; del “mundo de arriba abajo” de los heréticos. Las clases dirigentes debían quitarles el contacto con la tierra, con sus creaciones, con el mundo y disciplinarlos para que se movieran en un plano de puros valores abstractos, no sólo para sacar más ganancias y llenarse aún más los bolsillos, sino también para sobrevivir como clase, para evitar la revolución total que se estaba fraguando tras siglos de rebeliones campesinas, de artesanos, de obreros urbanos y de herejes. Y tenían que impulsar la colonización del resto del mundo para pagar las deudas de los gastos cada vez más altos generados por los ejércitos permanentes y las nuevas técnicas de represión. Nunca consiguieron destruir la comuna por completo (como tampoco existió *tout court* en la historia europea, no al menos tal y como existió en un pasado que se ha olvidado por completo). Dicha comuna sobrevivió en imaginario y constantemente volvía a brotar. Cuando echaron a las mujeres de la vida pública confinándolas a lo privado, éstas abrieron huecos en él para crear nuevas comunas; por ejemplo, si interpretamos las reuniones espontáneas alrededor de los lavaderos como un ágora improvisada. Todavía hay intentos de destruir las nuevas comunas: con electrodomésticos y prohibiciones cívicas de colgar la ropa “sobre los espacios y vías públicas”. Se ve más claramente qué es la producción cuando se entienden las condiciones previas. La acumulación primitiva, contrariamente a la hipótesis más estricta de Marx, se consiguió sólo a través de instituciones como la Inquisición, la







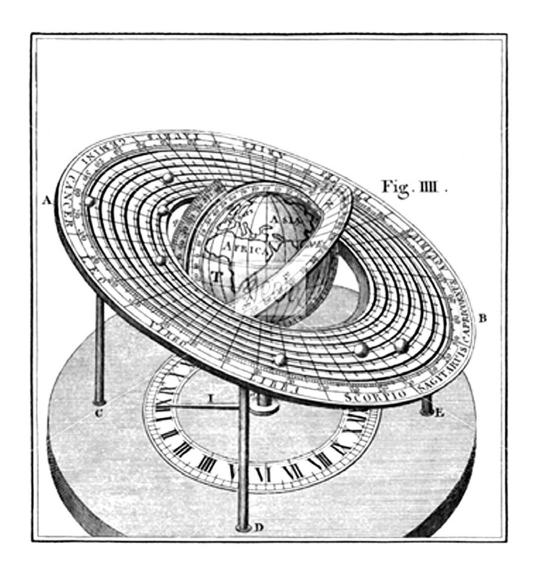

caza de brujas y las "Leyes Sangrientas," mediante las cuales se torturó y asesinó a un millón de personas durante tres siglos, sobre todo a mujeres independientes, hombres que se solidarizaron con ellas, vagabundos, homosexuales y herejes (la mayoría de los cuales eran revolucionarios que hablaban de un mundo sin clases, sin curas, sin matrimonios y sin propiedad privada). A través de este proceso se destruyeron las colectividades de mujeres, posibilitabdo la creación de un patriarcado más fuerte (el caos y la movilidad cultural producidos tras la caída del imperio romano habían dado como resultado un debilitamiento de éste) y así una potente división entre los explotados. Se creó una categoría de trabajo no valorado (desde entonces el trabajo femenino asociado a la esfera privada: criar y alimentar a la futura mano de obra) sin la cual el capitalismo nunca hubiera sido posible. Se posibilitó el posterior cercado de las tierras y se desarrollaron técnicas policiales que todavía siguen vigentes. Hablar de una esfera económica, como si fuera una categoría natural, es absurdo, ya que lo económico sólo existe gracias a una gran violencia estatal que fracturó lo social en dos partes: lo económico y lo político.

3. Las clases burguesa y proletaria no existen. O bien existen, dado que las identidades existen precisamente cuando se cree que existen, pero siendo así, dichas clases no importan. La clase proletaria murió adoptando la cultura burguesa y la clase burguesa se sacrificó como Cristo, para ser eterna y universal, para convertirse en una cultura unificadora representada en el nuevo no-sujeto, el consumidor. No le conviene al capitalismo que nada



pertenezca a nadie. La propiedad, entendida de manera clásica, es una condición demasiado estable para el gusto del Capital. Le interesa más la relación basada en dirigir, porque en tal relación el poder no reside en el que dirige, sino en el movimiento disciplinado de las mercancías, actividades y personas dirigidas. (Una finca no utilizada igualmente pertenece al propietario, pero un dirigente que no dirige será reemplazado por otro que seguirá mejor la lógica abstracta del sistema). Así, un *aparato,* utilizando el término de Agamben, no rinde ninguna autonomía a sus dirigentes sino que recompensa a todos los ciudadanos de su régimen por moverse y comportarse según las normas sugeridas por el flujo del aparato, condicionándoles para que gestionen su propia obediencia sin obligar al aparato a mostrar el poder aniquilador que posee. De este modo se ha reemplazado a la sociedad de clases—que implicaba un conflicto obvio y la necesidad de un uso frecuente de los poderes aniquiladores para ejercer el control—por una sociedad de flujo, en la cual se construye el ambiente en sí y el espacio entre los seres para recompensar la movilidad obediente y así minimizar y entorpecer el conflicto social. Hoy en día todos pertenecen a la clase dirigente que miran a sus propias vidas desde arriba.

4. La realidad es policéntrica. El racionalismo científico ha sido, entre otras cosas, una religión, y es más efectiva que el cristianismo para garantizar el control social. La ventaja que tiene es una mayor capacidad de autocrítica y, así, mayores posibilidades de cambiar las estructuras gobernantes ante el desafío o el desengaño popular. Por fin los científicos al servicio de los dirigentes tuvieron que admitir, no solo que la tierra



no fuera el centro del universo, sino que además el universo no tuviera ningún centro, y que el espacio en sí es algo que se mueve, se dilata y se contrae. No obstante, la ciencia como religión sigue promoviendo la idea de objetividad, a pesar de haber comprobado que la objetividad tampoco existe. La objetividad, sobre todo, es una operación metafísica que hace que contemplemos nuestras propias vidas desde arriba, que hace que nos preguntemos cómo se debe desplegar la economía y cómo se debe organizar la sociedad en vez de "¿qué voy a hacer yo dentro del mundo para satisfacer mis necesidades y realizar mis deseos con los demás?" Para el sistema, disciplinar los puntos de vista es imprescindible justamente porque la realidad es policéntrica y si nosotros asumimos

esta verdad con todas sus consecuencias, habrán perdido la guerra ideológica. Al contemplar nuestras vidas desde arriba, compartimos la *Weltanschauung*—la manera de ver el mundo—del sistema que nos domina. Contemplar las vidas desde arriba es un sustituto no extático de las experiencias extracorpóreas profundamente extáticas que conformaban una parte importantísima de la espiritualidad de las sociedades precolonizadas (incluso la europea antes del cristianismo) proporcionando a la gente, por medio de plantas mágicas, del ritual o de la meditación, la posibilidad de conectarse a nivel metafísico con el mundo, y así imposibilitar el dominio que se da a través de la alienación.



5. La estrategia anarquista consiste sencillamente en decidir qué hacer, en todo momento, con las relaciones y fuerzas que tenemos a nuestro alcance. De modo que es totalmente distinta a la estrategia militar, cuyo punto de partida es un plan ideal y abstracto, y un punto de vista desde arriba que es como un mapa con un conjunto de recursos desplegados en él. Toda estrategia militar consiste en imponer un plan ideal sobre el mapa que representa la realidad. La anarquía, no como un movimiento revolucionario, sino como una realidad multifacética de rebelión y creación permanente, se basa en la iniciativa libre de todo miembro de la sociedad; en la idea de que todos contemplemos a los problemas sociales con nuestros propios ojos, y no desde arriba. Muchas de las divisiones afectuadas por los anarquistas con el paso de las décadas se han revelado como totalmente incoherentes con el ideal de la anarquía, porque se basan en la pretensión de crear una unidad obligatoria. Me refiero a la queja de que uno no está siguiendo el

plan, que no está haciendo con sus recursos lo que debería hacer. Si no pretendemos hacer carrera militar, debemos negarnos a ver la revolución como si algo planificado según un plan unificado, como si fuera una partida del Risk. No estamos arriba mirando y mandando. Estamos aquí, en medio de un bonito caos que nuestros enemigos siempre intentan organizar. Seremos más fuertes que nunca si aprendemos a triunfar en este caos, a movernos en la red de nuestras propias relaciones, a comunicarnos horizontalmente o circularmente, a utilizar sólo lo que realmente es nuestro e influir en lo demás, a entender que no todos van a actuar como nosotros actuamos; ésa es la belleza de la rebelión, y nuestra eficacia en ella no yace en hacer que todo el mundo sea igual, sino en idear la mejor manera de relacionarnos complementariamente con los que son diferentes y siguen rumbos diferentes.

6. *El individuo occidental es inmundo.* Es un cuerpo misterioso y uno nunca puede saber cómo funciona. Se le garantiza la supervivencia con lo que llaman "derechos," los cuales le permiten comprar y vender la tierra, y prohibir a los demás sus necesidades básicas. Le permiten hablar (se supone que no es capaz de hacerlo orgánicamente, con su propia boca, sin esta concesión); pero no le permiten realizar sus palabras en forma de decisiones y transformarlas en acciones. Los derechos del individuo occidental no permiten que otra persona inyecte tóxicos en sus pulmones, pero sí le permiten cortar el bosque o desecar la ciénaga que produce su oxígeno, lo cual obviamente tendrá un efecto parecido en nosotros, los individuos del mundo. El sistema respiratorio para los seres vivos es colectivo y



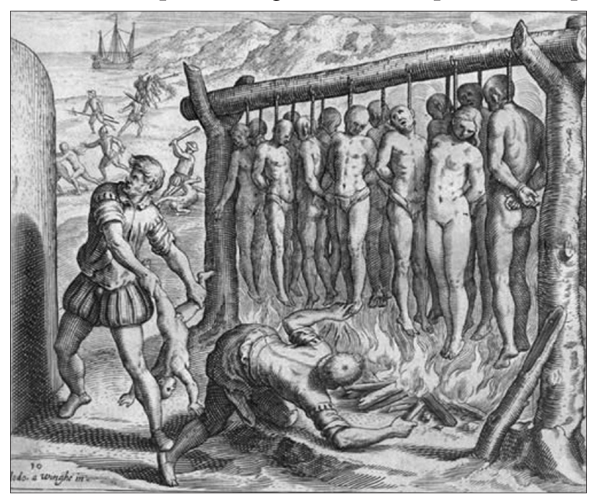
consiste en una multitud de pulmones, hojas, bacterias y otros organismos. Pero se deduce que el individuo occidental sólo existe dentro de su propio cuerpo, visto que sus derechos no se extienden más allá de su piel. Aunque el individuo occidental no se pueda entender como un ser vivo, tiene ciertas ventajas, entre ellas, que es extremadamente móvil. Como todas sus raíces y relaciones se pueden cancelar a través de una simple operación monetaria, se le puede mover de un lado a otro con facilidad: del campo a la ciudad, de África al Caribe, o del útero al instituto, y de ahí a la fábrica, a la cárcel, al hospital y al cementerio. No hay que decir—porque es obvio y sólo un complejo religioso avanzadísimo de racionalismo científico podría hacerle a uno olvidar—,

que contrariamente al individuo occidental, *el individuo del mundo* no es un cuerpo aislado, un sujeto que realiza verbos contra objetos esparcidos en un espacio estático y vacío, sino que el individuo del mundo, el que lucha, existe a partir de sus relaciones. Su cuerpo, su ser, su esencia, son exactamente el conjunto de redes que coinciden en él, las relaciones que tiene con el mundo. El asalto más grave que ha cometido el sistema que combatimos es hacer desaparecer el mundo, la red caótica de relaciones que es el único terreno en el que podemos vivir.

7. El capitalismo quiere que sobrevivamos. En algunas regiones del mundo, durante ciertas épocas—incluso la actual—el capitalismo necesita utilizar el genocidio; pero el genocidio capitalista ha sido imprescindible para inaugurar el *biopoder;* es decir, el poder que le es propio al sistema de garantizar la supervivencia se funda sobre un poder aniquilador y homicida que ha sido necesario para destruir y suprimir la autosuficiencia y hacernos dependientes del capitalismo. Y el capitalismo quiere y necesita que sobrevivamos y nos multipliquemos. De hecho, el capitalismo se formó a partir de la peste negra, durante la cual una tercera parte de la población de Europa murió, provocando una crisis para las élites. Con la escasez de mano de obra y la abundancia de tierras vacías, los campesinos ganaron mucha fuerza en relación a sus opresores. Podían fugarse del sistema feudal y conseguir tierra propia, y por el trabajo podían exigir sueldos tres veces más altos que en las décadas anteriores. Y todo en un contexto de fuerte incremento de rebeliones que a menudo acababan con los curas y los nobles linchados. Como respuesta desespera-



da, la nueva burguesía y los protestantes (los medio-heréticos, es decir, los reformistas), que ya habían conseguido debilitar el antiguo sistema un abriendo espacio para su ascendencia, se juntaron con la aristocracia y transformaron los sueldos en el nuevo instrumento de dominación, poniendo en venta la tierra y así aboliendo la autosuficiencia; inaugurando la especulación y subiendo los precios del pan y de otros productos de la necesidad; provocando tres siglos de hambre y miseria. Mientras tanto, los sistemas jurídicos y las Iglesias (Católica y Protestante) adoptaron varias medidas para forzar un aumento constante de la población, criminalizando la contracepción, el aborto y la homosexualidad, y reemplazando una tradición de comadronas y partos autónomos por una profesión médica y masculina. El capitalismo garantizó la supervivencia para





prohibir la vida. De esta contradicción surgen muchas luchas que en su principio se enfrentan con el capitalismo, pero una vez que consiguen sobrevivir o mejorar las condiciones físicas, se dejan cooptar por el propio capitalismo, reivindicando unos fines que le convienen más al capitalismo que al proyecto subversivo de hacer reaparecer el mundo. No se pueden criticar las medidas que utilizan las personas para conseguir su supervivencia, si roban a sus vecinos o si se unen con un discurso solidario y acaban robandoles el futuro a sus nietos, que pasarán un hambre o una sed aun más dura por las crisis que siempre genera el capitalismo en tanto no lo destruyamos. Pero tampoco se puede llamar revolucionaria una lucha que no va más allá de la supervivencia. Lo revolucionario es sólo lo que exige más que la supervivencia, que exige la vida. Tal hecho crea otra contradicción: luchar por la vida hace la supervivencia más difícil.

8. El activismo monotemático es la alienación capitalista realizada en el terreno de la lucha. Si una campaña contra la guerra o contra las redadas es el único suceso de conflicto social, deberíamos estar allí. Pero mientras sólo nos entendemos con otros sujetos políticos, mientras nuestra facilidad de participar en una mani funcione como sustituto de la facilidad de hablar con los vecinos y con las compañeras de trabajo, y así desarrollar una *intuición social* para entender formas de conflicto social también más opacas para la prensa y el Estado, estaremos aislados, porque el terreno de la política en la sociedad capitalista es un escenario de combate alienado. La farsa es que todas las miserias aisladas son una sola miseria. Dividir nuestra rabia por temas le fa-



cilita al Estado proponer reformas. Tenemos que movernos siempre en la red de conflictos que existen en nuestra sociedad, pero sin dejar que la construcción discursiva de tales conflictos nos frene el imaginario del conflicto que traemos con nosotros o la habilidad de reconocer conflictos no reconocibles para el Espectáculo.

9. La revuelta es el renacimiento de la sociedad. No es una línea ni un movimiento, aunque implique mucho movimiento. No puede ser otra revolución que impone una visión de la sociedad, sino que debe ser la destrucción de todo obstáculo para la respiración libre y para el crecimiento cualitativo de la sociedad. La pregunta “¿mediante qué visión o plan se va a organizar la sociedad después del capitalismo?” es una operación encubiertamente dogmática que realmente está preguntando: “¿qué visiones y planes se van a reprimir en esta nueva sociedad?” La sociedad es un organismo inteligente y se autoorganiza, siempre que todos estemos haciendo planes, comunicando visiones, tomando iniciativas. La sociedad necesita toda nuestra energía creativa para superar el coma al que está sometida, y para renacer y vivir. Por eso hablamos de revuelta permanente. No es porque nos veamos como una vanguardia nihilista permanente o que, mil años después de haber estrangulado al último policia con la tripa del último burócrata nos imaginemos todavía formando un Black Bloc y destrozando escaparates, sino porque entendemos la revuelta como la condición caótica de una sociedad sana, un ciclo permanentemente creativo y regenerador sin restricciones, como la primavera y su explosión de nuevas iniciativas y proyectos nacidos de los cadáveres de





las viejas realizaciones.

10. Somos las primeras malas hierbas. Tanto la revuelta como la sociedad son un ecosistema. Se podría decir que las primeras malas hierbas son las más importantes para romper el hormigón y convertir un terreno muerto en un lugar de abundancia. Pero las malas hierbas, evidentemente, no formarán por sí mismas esta abundancia. Las plantas más pequeñas o más rápidas en crecer suelen ser las que pueden desintoxicar la tierra y no las que pueden aprovechar mejor una tierra sana. Incluso en un bosque, los árboles de primera generación no son los que formarán el mismo bosque después de dos o tres generaciones sin la interrupción del hacha o la sierra. Pronto las primeras malas hierbas llegan a un límite en su reproducción. Tomándolo en cuenta, los primeros rebeldes deberíamos reconocer que nuestra tarea no es la de crear más malas hierbas—más rebeldes iguales a nosotros—sino romper el hormigón para proporcionar espacio y tierra sana para otras especies totalmente distintas, a tipos de rebeldes y seres vivos que no se parezcan a nosotros. Entonces la cuestión estratégica no sería cómo podemos hacer entrar más personas a nuestro centro social, sino cómo podemos hacer que nuestro centro social interrumpa la normalidad en el barrio o potencie otras expresiones nacientes de rebeldía? (sin obviar la necesidad perentoria de alimentar nuestra propia rebelión y sostenernos en ella).

11. El lema principal del rebelde, el eje estratégico del insurrecto, es "la sociedad contra el Estado." El fenómeno antropológico que expresó Pierre Clastres con estas palabras

enmarca el secreto escondido del Estado y la dinámica actual en la que luchamos. El Estado siempre pretende oscurecer las diferencias entre él y la sociedad. Pretende ser nuestro defensor, nuestro profesor, nuestro padre, nuestra madre, hasta ser nosotros mismos. Pero no es la sociedad. Quien nos señala como sociedad no es nada más que el mercado, y el mercado, en su forma ideal es la sociedad completamente dominada, comatosa, inconsciente. En cada situación tenemos que mostrar la distancia que hay entre el sistema y nosotros, entre nuestros roles como funcionarios y nuestros cuerpos, necesidades y deseos. En cuanto la sociedad tenga cualquier forma de existencia independiente, el Estado teme y minimiza sus indignidades y agresiones. Vayamos construyendo la fuerza de la sociedad y señalando al Estado como parásito y usurpador. Lo único que tiene la fuerza suficiente como para destruir el Estado (y no tomarlo, como hacen los socialistas) es una sociedad despierta, como se vio en Grecia, en Albania, en Argentina o en Kabylia; y la única posibilidad que tiene el Estado para volver a imponerse es convencer a la sociedad para desarmarse, para volver a casa, para volver a dormir. En Grecia lo hizo con la te-



A MOST
Certain, Strange, and true Discovery of a
VVITCH.
Being taken by some of the Parliament Forces, as she was standing on a small planck-board and sayling on it over the River of *Newbury*:
Together with the strange and true manner of her death, with the propheticall words and speeches she used at the same time.

Printed by John Hammond, 1643.



levisión y el espectáculo de la crisis; en Albania lo hizo con un cambio radical de gobierno; en Argentina lo hizo con el peronismo; en Kabylia lo hace con las ONGs y la participación política. En ningún caso fue suficiente la violencia represiva del Estado. Así vemos que la cooptación es la otra mano del Estado, pero sólo puede funcionar si muchas personas ven el Estado como algo suyo y no un como un parásito totalmente ajeno.

12. Sin saber de dónde venimos, no podemos saber adónde vamos. Por eso, cultivar la memoria histórica es una de las tareas más importantes del insurrecto. La memoria histórica es una raíz que nos conecta con la fuerza de miles de fantasmas de las luchas pasadas. Como dijo Walter Benjamin, no luchamos para mejorar las vidas de nuestros hijos y de nuestros nietos, sino para vengar a esos fantasmas. La memoria histórica nos aporta el conocimiento de mil años de rebelión. Nos da la paciencia y la perspectiva para sobrevivir a la represión, sabiendo que nuestras vidas, aunque son un motivo para luchar por todo y contra todo, no son más que gotas en un mar de resistencia; que llevamos más de mil años luchando y aunque nos muramos en la cárcel la lucha sigue; que morir no es nada más que volver al mundo que pretenden hacer desaparecer. Nos da una conciencia del antagonismo existente contra el sistema desde sus orígenes. Sólo un pueblo con poca memoria histórica, que no entiende cómo empezó el sistema que combatimos, podría considerar como una victoria la posibilidad de ser sus propios jefes en las fábricas o formar su propio partido en el gobierno.





13. En contra del aislamiento impuesto por el sistema, nuestra fuerza se halla en partir de la visibilidad y conseguir la presencia. La teoría de la opacidad (propuesta por el Comité Invisible y algunos situacionistas) tiene validez en tanto en cuanto no nos dirigimos al poder (a la prensa, a la Academia) ni al Espectáculo. Pero evitar la visibilidad es un suicidio en una época de alienación generalizada. La visibilidad es el primer instrumento para comunicarse con la sociedad e influir en su realidad controlada. Se consigue a través de carteles, pegatinas, graffitis, centros sociales, actos públicos, manifestaciones, teatro callejero, cristales rotos, sabotajes en sitios de gran circulación y acciones ilegales a plena luz del día. Funcionan como *señales de desorden,* como expone A.G. Schwarz, desgastando la ilusión de paz social necesaria para el funcionamiento de la democracia. Con esta visibilidad no hace falta convencer a nadie o cambiar sus opiniones, porque, bajo el capitalismo, las opiniones no son la causa de las acciones de la gente, sino su coartada. El comportamiento de la gente está coaccionado y las opiniones se adaptan para suavizar la esquizofrenia de vivir en contra de uno mismo. La realidad psicoemocional del capitalismo es una disonancia cognitiva. Por eso, a mucha gente le gusta que existan centros sociales, pero nunca entran para participar en ellos porque la participación en una lucha social conlleva admitir se es un esclavo. La visibilidad halla su importancia en dar a conocer que existimos y así, modificar el espectro de lo posible en la mente y la imaginación de la sociedad. Reconociendo que existen los anarquistas, tendrán que reformular sus opiniones para responder a las críticas que nosotros representamos, y aunque las opiniones no cambien en sí, habrán cambiado su posición orien-



tándola hacia nosotros y no hacia el centro del espectro de discursos oficiales. Eso ya supone un éxito grande. Una vez que, por la visibilidad, nuestra existencia sea innegable, nos moveremos hacia la presencia. Manifestándonos como una fuerza social, capaz de alterar la realidad simbólica del Espectáculo y romper la paz social, participamos en todos los conflictos sociales, proporcionando nuevos discursos, valores y herramientas de lucha, despertando la solidaridad y fortaleciendo la capacidad de sobrevivir a la represión. La presencia es la visibilidad dotada de una fuerza material, una intuición social y un posicionamiento estratégico dentro de todo conflicto y lucha a nuestra alcance. Actualmente, la batalla más importante es la lucha contra el cercamiento de las calles. Ya es muy tarde, pero si perdemos totalmente el espacio público, será extremadamente difícil tener la más mínima presencia en la sociedad, porque entonces no existirá la sociedad, sino sólo el mercado. La crítica estéril contra los ghettos políticos es la falta de reconocimiento de que la sociedad en sí está desapareciendo. Los ghettos son las burbujas más resistentes. La crítica consciente sería: ¿por qué demonios estamos enfocando nuestras energías en ocupar espacios cerrados justo en una época en la que el Estado quiere expropiarnos de la calle para acabar de cercar los espacios públicos?

14. Todo momento es el momento correcto para desarrollar la capacidad de atacar con agilidad y facilidad. Las primeras respuestas en una ruptura son las más importantes, las que tienen la posibilidad de influir en todo lo que sigue y así cambiar la historia. Si no desarrollamos la possibilidad de atacar antes de una ruptura, sin pasar por asambleas in-



terminables y meses de preparación, perdemos la oportunidad más importante que pueda haber de crear nuevas posibilidades de respuesta de toda la sociedad ante una ruptura o crisis. Si no se realizan ataques en los momentos "no apropiados" nunca llegará el momento apropiado. Visibilizar los ataques contradice el consenso en torno a la paz social y cambia la imagen de lo normal y posible, dando la idea de la existencia de nuevas herramientas y respuestas más fuertes que caulquiera puede utilizar y llevar a cabo ante un momento de revuelta. Mientras tanto, atacar el sistema es un paso para volver a habitar nuestros propios cuerpos, actuando desde la rabia en vez de tragárnosla, disciplinando nuestros sentimientos e instintos

como haría el hombre ideal propuesto por la filosofía cartesiana. Los ataques también nos separan de los ciudadanos; nos señalan como criaturas distintas, como bárbaros. Por eso es también importante que las luchas tengan su lado antisocial, capaz de desafiar y avivar la hostilidad de los buenos, de los normales—es decir, aquellas personas que siguen las *normas* impuestas—porque una distinción entre la sociedad de clases y la sociedad de flujo es que actualmente no es posible atacar el sistema sin molestar a las personas normales; que no son nuestros enemigos pero que reproducen el enemigo, que es la normalidad. El truco está en realizar ataques que sirvan como invitación a los demás para ser cómplices de nuestra ilegalidad, tanto simpatizando o sonriendo, como ofreciendo su apoyo o saliendo a la calle.

15. La pasión por la destrucción tiene que ser una pasión creativa. El placer de la revuelta, la estrategia insurreccional y la necesidad de sobrevivir mientras luchamos, nos exigen que llevemos a cabo una práctica de creación libre ligada a nuestra actividad destructiva. La crítica total y el deseo de destruir la opresión desde sus raíces, frecuentemente llevan a una teoría y una práctica de negación total. Los compañeros que llevan adelante una práctica de negación total también cumplen un papel importante y es inútil que nos lamentemos de lo malos que son. Sobre todo, es importante ser conscientes de que la práctica de la negación total no constituye un “peligro” para los revolucionarios que son responsables (sino que los revolucionarios que son responsables son un peligro para la revolución). Más bien, esa práctica supone una simple y lamentable falta



de imaginación. “Lamentable” porque el imaginario puede ser el terreno más importante para la lucha por la libertad. Si alguien no puede encontrar nada en este mundo, en esta sociedad, digno de ser protegido, de ser devuelto a la vida, es porque está totalmente alienado, una condición bastante común. Varios compañeros aymara y mapuche consideran a los anarquistas como sus mejores aliados, pero les critican por su falta de conexión con la tierra y por estar enfocados en la negación, cuando para ellos la lucha también es un proceso de defensa de sus raíces y de creación libre (que conlleva la destrucción, como una actividad contingente, de cualquier obstáculo para dicha creación). No hablamos de “contrapoder”, ni pretendemos crear una infraestructu-





ra que sustituirá a la infraestructura existente. Si concebimos la victoria como la realización física de nuestros proyectos, adoptaremos una postura conservadora, intentando guardar o proteger dichos proyectos y perdiéndonos lo que constituye su mayor valor: y es que nuestros proyectos creativos son útiles cuando nutren nuestra capacidad de atacar y sobrevivir a la represión, cuando son como bases ofensivas para ir recuperando nuestras vidas, que nos han sido robadas, cuando nos conectan con la tierra, con la sociedad y con una fuerza que es más potente que el miedo y la obediencia. Si los utilizamos de manera ofensiva, perderemos físicamente mucho de lo que creamos, pero eso es bueno, porque sirven no para ser conservados, sino para enseñarnos nuevas habilidades y para expresar visiones de nuevos mundos posibles a la sociedad. El Estado coopta los proyectos "positivos" cuando, con el palo y la zanahoria, les convence de desligarse de la actividad destructiva y limpiar su imagen. Tenemos que hacer lo contrario: que todo huerto comunitario tenga murales de las combatientes y los presos; que los medios de contrainformación hablen de los sabotajes; que toda okupación en el monte o proyecto rural conserve sus conexiones con las luchas; que las asambleas de barrio sean lugares donde expresemos honestamente nuestras visiones de otro mundo.

16. Contra su aislamiento y su represión, debemos intensificar la existencia de redes profundas y con un alto nivel de conectividad. La represión es un cerco. Para vencerla es necesario extender nuestras conexiones afectivas, materiales y solidarias más allá de sus divisiones, sean tanto los cercos policiales y listas negras como las categorías dis-



cursivas y culturales que crean para meternos en la pluralidad democrática. La "teoría del caos" y "la teoría de la complejidad" demuestran que las redes son más fuertes que las jerarquías (por eso el ejército gringo desarrolló internet, para que fuera a diferencia de sus líneas de mando, capaz de sobrevivir a una guerra nuclear—y precisamente por eso ahora no lo pueden controlar). Las redes son fuertes cuando tienen una conectividad alta, cuando cada unidad tiene una multitud de conexiones en vez de cuando hay unos pocos nodos por los cuales pasan todas las conexiones. Y para nuestros objetivos necesitamos unas profundas conexiones. No estamos en busca de más colegas que añadir en Facebook (de hecho, Facebook se inició con una inversión de la CIA, que quería investigar las redes sociales, porque su mente jerárquica no acababa de entenderlas). Estamos buscando cómplices para proyectos subversivos, intentos de comunalizar la tierra, redes de apoyo mutuo y solidaridad combativa. En esta red, entonces, necesitamos desarrollar amistades y relaciones basadas en valores de confianza, valentía (ante el enemigo y también ante la crítica o el conflicto con los compañeros), el respeto a la diferencia y la heterogeneidad de las luchas, el cariño y cuidado y la solidaridad activa. Por lo tanto, las relaciones superficiales o de buen rollo no nos sirven; la amistad es revolucionaria.

17. La tarea más difícil y más descuidada, en un mundo desaparecido, es aparecer en las vidas de los demás. El hecho de que conformemos un ghetto político—aunque sea nuestra responsabilidad el salir del mismo—, no viene dado por nuestras propias actitudes (tanto los rebeldes sociales como



los anti-sociales tienen su propio rincón aislado de los demás), sino del esfuerzo potente que hace el sistema para aislar a todo el mundo. Si contamos con una red de treinta amigos, estaremos menos aislados socialmente que la persona normal y normalizada que igual ni siquiera cuenta con diez amigos de confianza. Sólo estaremos aislados de la realidad televisada que nutre la soledad de los demás. Pero esa discrepancia entre las realidades hace que sea casi imposible hablar con las personas normales. Teniendo relaciones distintas a las que genera el sistema resulta que tenemos lenguajes distintos. Cuando nos expropiaron la tierra, es decir, cuando hicieron desaparecer el mundo, todavía era posible el encuentro con los demás porque se compartía una misma relación con el sistema de producción. Pero hoy en día el sistema de producción es diferente al de la época industrial y la condición compartida es el aislamiento, el exilio metafísico. Es como si todos a la vez hubiésemos desaparecido de los barrios y de los sitios de trabajo y ahora sólo se viera a maniquíes de ropa, bolsas de la compra y curriculums bien elaborados paseando por las calles. Toda esta nueva tecnología de comunicación sólo hace que imposibilitar el encuentro. Hay luchas anarquistas que desarrollan y difunden nuevas técnicas de atacar, nuevos modelos de proyectos creativos, nuevas teorías e ideas. No hay ninguna que haga lo mismo con tácticas para aparecer en las vidas de los demás, de romper con el aislamiento y de formar relaciones fuertes con personas normales—personas provenientos de ghettos aun menos potentes que el nuestro—que sería el primer paso para reconstruir esa comunidad perdida.









18. La imaginación no es un lujo o un juego de niños, sino el acceso a un terreno esencial de la lucha, una tierra para reocupar, y la única en la que tenemos ventaja. Una parte importantísima del capitalismo es la industria cultural. La labor de recuperar los deseos y las historias rebeldes es una tarea constante de la contrainsurgencia democrática. Durante siglos de derrota, la herencia rebelde sobrevivió en el terreno imaginario, donde nunca nos pudieron aniquilar. Fuera de la civilización occidental, la magia es un hecho. Un aspecto universal de la colonización ha sido la infantilización del mundo imaginario. La existencia del mundo real exige la existencia del mundo imaginario. El capitalismo no puede destruir el mundo imaginario, pero sí puede expropiárnoslo, minimizarlo, debilitar la conexión entre los dos mundos para que no viajemos de uno a otro, para que tengamos deseos sin realizar, para que las visiones nos parezcan tonterías, para que no imaginemos el mundo real bajo otras formas, para que la desilusión respecto al mundo real sea explicada a través de neuroquímicos y sea tratada con psicofármacos (convirtiéndonos aún más en máquinas). Para vencer el capitalismo, e incluso para luchar como rebeldes coherentes, es imprescindible reapropiarse de la conexión con el mundo imaginario y de la capacidad de imaginar; difundir visiones; realizar los deseos; tender un puente entre los dos mundos.




19. Si el mundo tiene centro, es allí donde perdemos. El centro es la jaula donde nos atrapan. La sociedad, como el universo, no tiene centro, porque el espacio en sí se mueve, porque el mundo en sí está vivo y protagoniza también los hechos. El Estado nació en el punto central de la sociedad. Se creó en un espacio en el que las decisiones tenían

más validez, engañó a la sociedad centralizando todas las discusiones y conversaciones en una sola asamblea. Esto llevó siglos, pero poco a poco privatizó esta asamblea y sólo cuando nos había disciplinado lo suficiente como para apoyar su proyecto de control total, empezó a permitirnos participar en esa asamblea (primero a los ricos, luego a los hombres blancos, luego a todos los hombres, y más tarde a las mujeres...). Por eso rechazamos no sólo el diálogo con el poder sino también cualquier resolución única de los problemas de la sociedad, todo plan homogéneo o acuerdo consensuado.



20. Las rupturas no se pueden planificar, pero sí se pueden animar y extender; es ésa nuestra tarea más delicada. Creando señales de desorden y nuevos métodos de ataque, aumentamos las probabilidades de que se den rupturas y de que éstas, a su vez, sean más potentes. Pero no





determinamos las rupturas. No obstante, los insurrectos libertarios tenemos un rol muy importante en las rupturas: neutralizar a los políticos aliados y sabotear su intento de dirigir la ruptura, de convertirla en una demanda, de hacerla entendible al poder (mediante la prensa, las universidades o los activistas profesionales). En una ruptura dada, es posible difundir nuevas visiones, señalar nuevos blancos y objetivos, popularizar nuevas armas. Una persona con una maza puede proporcionar piedras a toda una

manifestación, si ya van con rabia. Un grupo de personas con la capacidad de organizar más ataques para crear un segundo y un tercer disturbio, puede extender la ruptura. Cuando un disturbio se acuesta en la cama soñando con todos los ataques que realizará de nuevo por la mañana, ha llegado la insurrección.

21. Las insurrecciones sólo se extienden en la medida que la sociedad las puede nutrir. Entendido así, las insurrecciones son un índice de la salud de la sociedad, un intento de despertar. ¿Tendrá fuerzas para sublevarse uno, dos, tres días? ¿Dos semanas? Tiene que ver con las fuerzas de la gente, con su habilidad de imaginar otra vida, con la profundidad de sus raíces, si odian a toda autoridad o sólo a la policía o sólo al partido en el gobierno. Un brote de malas hierbas puede provocar una nueva grieta en el hormigón, una ruptura pequeña, pero más allá no llega.

22. El paso ulterior de la revuelta, tras el cual sólo podemos conjeturar, es la destrucción de la normalidad. No habrá vuelta atrás una vez que el Estado halla perdido su máscara de paz social, cuando la sociedad halla dado cuenta de sus fuerzas tanto creativas como destructivas. Entonces la imaginación rebelde estará viva y animada, y todo el mundo tendrá visiones de qué significa "mañana." Pasaremos de luchar para sacar nuestra rabia a luchar para realizar nuestros deseos. No se sabe si en ese entonces tendremos que enfrentarnos con la ocupación militar y la posibilidad del conflicto de guerrillas o si el Estado caerá, debilitado por las crisis y por tantos años de autoengaño y métodos más suaves que los que están por venir.



23. Probablemente nunca ganaremos, si bien es cierto que nunca perderemos. El sistema ha elegido un proyecto imposible, que es el control total. Nunca lo conseguirán. No pueden evitar que sus muros caigan, que sus esclavos nos rebelemos y les escupamos en la cara. Construyendo los muros más rápidamente, provocan más rebelión. Incluso si perfeccionan una maquinaria de represión, igualmente la tierra, y luego el sol, morirán a su tiempo, y el universo seguirá con su belleza nihilista sin la más ligera huella de estos tiranos y de sus ruinas. Tenemos que alegrarnos por la certeza de que aunque acabemos en la cárcel, muertos o decepcionados, una vida cómoda y sin derrota no vale nada en comparación con una vida luchando por la libertad, una vida enamorada del mundo, abrazada por una cálida red de relaciones solidarias, con la sensación a la vez erótica y familiar de tener raíces en la tierra, de ser más grande de lo que uno es, de formar parte de una colectividad de cuerpos dentro de un baile terrible que sólo se entiende desde dentro.

















